

## Precios de suscripción

→←

En Lorca mes . . . 0,40 pesetas  
Fuera . . . 0,50

## EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54

→←

No se devuelven los originales

## SEMANARIO INDEPENDIENTE

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

TODOS PARA UNO

## PUEBLO CAIDO

La carta que ha dirigido el insigne Joaquin Costa á los onuveneses, ha repercutido en España entera como un grito de la conciencia nacional. El gran polígrafo español nos arranca con puños de gigante el velo de la criminal indiferencia que oculta la realidad á nuestros ojos, y nos presenta esa realidad desnuda y sangrando, con las mismas trágicas pinceladas con que nos ofrece el Dante sus visiones horrendas.

No podemos resistir al deseo de traer á nuestras columnas algunos párrafos de esa terrible carta, terrible, decimos, por la espantable verdad de sus conceptos. He aquí el retrato que hace Costa de la situación, tomándola de siete años atrás:

«Una generación de 200.000 jóvenes, arrastrados como ovejas al matadero de Cuba, enterrados en la manigua y en la sierramorena de los hospitales y de las factorías, y más de otros tantos hermanos suyos muertos de inanición ó de anemia, por consecuencia de eso, en la metrópoli; un imperio colonial entrado á saco durante medio siglo y entregado al primer amago de ataque al enemigo; una nación descendida al rango de tercera potencia y en camino de ser ella misma una colonia ó un reino indostánico; una armada costosísima hundida en el mar ó mal embarrancada; un pasado de glorias mancillado; la bandera por el arroyo; una reputación militar de cuatro siglos hecha caricatura; un caudal de 3.000 millones disipado en humo ó robado, llevándose consigo la última esperanza que nos sostenía de una España nueva reincorporada á la humanidad y á la historia universal; la moneda deshonorada; disfrazado carnavalescamente de *superavit* un déficit anual de centenares de millones; el llamado jefe del Estado cobrando sus salarios locos en oro y no pagando ningún género de tributación por sus coches, ni por sus palacios, ni por sus tierras de

cultivo y recreo, mientras el humilde carrero y el triste labrador son siervos del Fisco, clavados por él en la cruz con los clavos de la contribución industrial y territorial y del impuesto de consumos y de la cédula personal y de veintitantos tributos más....

Y después de eso, los reos, aunque convictos y confesos, ni fugitivos ni suplicados, antes bien agarrados con uñas y con dientes al poder y monopolizándolo como si les correspondiese por derecho divino, levantándose estatuas, hipotecando la Hacienda al pago de suculentas, escandalosas sujeciones y cesantías restablecidas para sí por ellos mismos, acaudillando las opresoras y humillantes oligarquías lo mismo que antes y agravándolas, haciendo de la prevaricación virtud é instrumento normal de dominación en tribunales y oficinas, escamoteando cínicamente los votos, repartiéndose en feudos el país y gozándolo, engrosando sus fortunas, aumentando el impuesto de los pobres, ese horrible impuesto de consumos, obstruyendo villanamente el camino de la *Gaceta* á la abolición de la redención militar ó al cese de la abominable corvea, fusilando á diario en las calles á las madres y á los hermanos de los asesinados en Ultramar, procesando y persiguiendo á los inculpables... ¡y los inculpables y víctimas, ejército y pueblo, intelectuales y clase directora no gobernante consintiéndolo; presa de una atonía moral que pone espanto en el ánimo mejor templado; sin hablar ya siquiera de sanción, como si la cobarde impunidad de la primera hora hubiese ya prescrito como cualquier deuda ordinaria; sin osar rescindir á la patulea de liquidadores, altos y bajos, secuestradores de la soberanía y del patrimonio de la nación, ni tocar á un pelo de su ropa; dejándose, al revés, *perdonar* por ella en grotescos indultos y amnistías; acaso admitiéndola á trato y aliándose con ella para ir unidos contra la cenicienta de los conventos, culpable también, pero menos culpable que ella!

¡Mentira, mentira! Esto no es una nación, aunque digamos atrassada: es un corral de donde hasta las honradas y animosas gallinas han emigrado; un corral poblado sólo de capones...

¡Y para esto, para esto ha padecido cruel y afrentosa pasión el pueblo, desangrándose, pobre Cristo, una docena y media de guerras, extranjeras y civiles, durante cincuenta años! ¡Y habíamos de ser nosotros quienes ofreciéramos tan repulsivo y desmoralizador ejemplo á la historia de las decadencias humanas!»

Costa nos arroja la merecida afrenta al rostro, y fuera preciso haber perdido la sensibilidad moral, el decoro de patriotas y el honor de hombres para no sentirse sonrojados por la vergüenza y sacudidos por la cólera al escuchar esas palabras, crudas y espantosas con que define el gran tribuno la situación de este pueblo caído

Nosotros, en nuestra humilde esfera, venimos manteniendo una protesta firme contra todas las perversiones públicas que arruinan el país y azotar la dignidad de los ciudadanos. Sin temor combatimos y seguiremos combatiendo contra las infamias y rapacidades que han clavado sus zarpas desgarradoras en una ciudad mansa y sumisa.

Más de una vez se nos ha querido reprochar la descarada dureza de un lenguaje sin enfemismos, que llama á las cosas por sus verdaderos nombres. Pero nos sentimos satisfechos, y ahora con mayor motivo al ver que una tan indiscutible autoridad intelectual como la del ilustre Costa suena desde lo alto con idénticos tonos con que clamamos nosotros desde abajo.

## SEÑOR ALCALDE

Nos denuncian personas que merecen entero crédito, un hecho que dice muy poco en favor de la cultura de un pueblo.

Parece ser, que anoche trabáronse de palabras, y quizá hubieran llegado á los hechos, dos individuos

en una de las calles afluentes á la de Don Alonso el Sabio.

Un tercero, deseoso de que las cosas no pasaran á mayores, intervino entre los contrincantes, á fin de que la reyerta no alcanzase proporciones de tristes y desagradables consecuencias.

Pero ¡este aquí—y entra lo anormal, inexplicable y anómalo—que apareció una pareja de municipales que faltando á toda clase de consideraciones y sin miramientos á nada, la emprendieron á sablazos con los que disputaban y el generoso mediador, quien cargó con una nube de estacazos, á pesar de las protestas de vecinos y transeuntes, que se indignaron ante conducta tan desatentada y procedimientos tan poco en armonía con los respetos que debe inspirar la autoridad.

Nunca hemos sido amigos de que la autoridad no sea mirada con aquellos respetos y consideraciones á que la misión que les está encomendada les hacen acreedores, para el mejor y más fácil desempeño de su cometido; pero de esto á que sean interpretadas torcidamente las disposiciones fundamentales que las rigen, de esto á que excediéndose en la represión ocasionen protestas y censuras, ó sean causa de trastornos y molestias para los ciudadanos, hay una gran distancia, una enorme diferencia que debe tenerse en cuenta.

Podrá muy bien habérsenos exagerado algo la nota represiva, pero aun y todo, el caso es que se oyeron angustiosas lamentaciones y amargas quejas de uno de ellos, entre los que se destacaba por su insistencia: ¡Ay, padre mío, que me matan! y que se repartieron mandobles y porrazos, cuando sólo la persuasión y las buenas formas deben usarse, á menos que se tropiece con empedernidos criminales ó matones de profesión.

Por esto llamamos la atención del Sr. Terrer, para que informándose de lo que haya de cierto en esta queja, ponga de su parte cuanto pueda, á fin de que hechos de esta índole no se repitan, pues tras de desprestigiar á quienes los come-